

## Carta de Lord Chandos

Rafael Gutiérrez Girardot

La «extensa descripción de un estado inexplicable» que el ficticio Lord Chandos hizo en su carta a Francis Bacon de Verulamio está escrita en un estilo característico del estamento de un Lord y su destinatario, si bien refleja el talante monárquico del imperio austro-húngaro bajo Franz Joseph, que a finales del siglo XIX y comienzos del XX engendró una mezcla de decadencia política con florecimiento de la música, la filosofía y la literatura. El estilo de la carta no sólo era irradiación de ese talante sino al mismo tiempo material para la dilucidación del problema fundamental que planteaba a von Hofmannsthal la retórica reverencial de la nueva corte literaria en la que el poeta era el rey. En la época de von Hofmannsthal, esa monarquía poética la representaba Stefan George con su círculo, culminación de la respuesta compleja de los poetas a su marginación social, cristalizada en Mallarmé, esto es, el esteticismo. Éste impidió la percepción y expresión de las cosas, de lo concreto presente. El problema tenía sus antecedentes. Lo formuló Lichtenberg en el siglo XVIII, a propósito del estilo curialesco monárquico del que es eco la *Carta*. En su *Clementísimo mensaje de la tierra a la luna* (1781) satirizó la retórica de moda entonces, la de la llamada *Empfindsamkeit* (sentimentalismo con pretensiones de honddura) que pudo como medida estética y social la sensualidad cortesana rococó, la de las mujeres con descotes enmascarados de virginal coquetería e inflamados por una mística de ternura derretida (encendió a Goethe, cuando era estudiante en Estrasburgo). Cuando von Hofmannsthal escribió su *Carta a Lord Chandos* (*Una Carta* es el título de su publicación en 1903), esa retórica rococó era un pasado astuto, pues subyacía a su *ductus* aristocrático-estamental, a la pertinencia de ese ampuloso sentimentalismo, que había provocado la sátira de Lichtenberg y que explicitó Hermann Broch en su ensayo *Hofmannsthal y su tiempo* (1947-48). Sobre el período en el que nació y se formó Hofmannsthal, la segunda mitad del siglo XX, apuntó que ese período fue el «período del falso barroco, del falso Renacimiento, del falso gótico. En el que, en cualquier caso, el hombre occidental acunó entonces el estilo de vida, que devino restricción burguesa y al mismo tiempo pompa burguesa; una solidez que significaba tanto asfixia

como seguridad»<sup>1</sup>. La *Carta*... no se sustrae a esa múltiple y falsa pomposidad, pero no sucumbe a ella. La «extensa descripción de un estado inexplicable» pone necesariamente en tela de juicio los sustentos de ese estado. Este era el del agotamiento de esa retórica de las varias falsedades que Broch comprobó. Lichtenberg había previsto –sin querer ser profeta– la causa de ese agotamiento. En uno de sus apuntes («aforismos» suele llamárselos) cuestionó las exageraciones del barroco y de la pereza solemne de sus secuelas. «Querido amigo –anotó– vistas tus pensamientos de modo tan extravagante que ya no parecen pensamientos... Es una vergüenza, la mayoría de nuestras palabras son herramientas de las que se ha abusado tanto que frecuentemente hieden a la mugre con la que los propietarios anteriores las profanaron»<sup>2</sup>. Para Lord Chandos las herramientas que hedían a mugre eran los conceptos fundamentales de la metafísica occidental. «Sentí un malestar inexplicable –escribe– con sólo expresar las palabras “espíritu”, “alma” o “cuerpo”... las palabras abstractas de las que evidentemente debe servirse la lengua para dar algún juicio, se me derritieron en la boca como hongos podridos»<sup>3</sup>. Von Hofmannsthal no pretendía emprender esa crítica. El «malestar inexplicable» lo había provocado su intensa lectura de Nietzsche. En el esbozo *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873), publicado en la primera edición de las *Obras completas* de 1984 y ss. Escribió Nietzsche: «... las verdades son ilusiones, de las que se ha olvidado que son tales, metáforas que se han desgastado y se han vuelto sensorialmente débiles, monedas que han perdido su imagen y que ahora se tienen en cuenta como metal, ya no como monedas. Todavía no sabemos de dónde proviene el impulso a la verdad: pues hasta ahora sólo hemos oído del deber que pone la sociedad para existir, esto es, el de ser veraz, es decir, el de usar las metáforas usuales, dicho moralmente, el deber de mentir según una convención firme, de mentir multitudinariamente en un estilo obligatorio para todos»<sup>4</sup>. Las «monedas sin imagen», las verdades desgastadas son las «palabras abstractas», los «hongos podridos» que privan al lenguaje de su tarea comunicativa, de su capacidad de percibir la realidad.

<sup>1</sup> Broch, Hermann, Hofmannsthal und seine Zeit en Kommentierte Werkausgabe, t. 1, Schriften zur Literatur, ed. Paul Michael Lützeler, ed. Suhrkamp, Frankfurt/M., 1975, p. 111.

<sup>2</sup> Lichtenberg, Georg Christoph, Schriften und Briefe, ed. Wolfgang Promies, Hanser Verlag, Munich, 1968, t. 1, p. 136.

<sup>3</sup> Von Hofmannsthal, Hugo, Ein Brief, en Erzählungen, Erfundenen Gespräche und Briefe, Reisen de las Gesammelte Werke, ed. Schoeller y Hirsch, t. Fischer Verlag, Frankfurt, 1975, t. 1, p. 465.

<sup>4</sup> Nietzsche, Über Wahrheit und Lüge in aussermoralischem Sinne en Sämtliche Werke, ed. Colli & Montinari, ed. Dtv.-de Greuyter, Munich-Berlin-Nueva York, 1980, t. 1, p. 881.

¿De qué realidad? Lord Chandos sugiere ya al principio de su *Carta...* la solución al problema que lo acosa, la realidad que no captan las «palabras abstractas». «En aquel tiempo –su pasado inmediato (R.G.G.)– toda la existencia me pareció, en una especie de embriaguez permanente, como una gran unidad: el mundo espiritual y corporal me pareció que no formaban una contraposición, como tampoco ser cortesano y animal, arte y antiarte, soledad y sociedad; en todo sentí la Naturaleza, en los extravíos de la locura como en las extremas finuras de un ceremonial español; en las torpezas de campesinos jóvenes como en las más dulces alegorías. Y en toda la Naturaleza me sentí yo mismo; cuando en mi cabaña de caza bebía la leche tibia y espumosa que un hombre tosco había ordeñado de una vaca bella con ojos suaves en un cubo de madera, no me ocurrió cosa diferente de cuando sentado en el banco empotrado en la ventana de mi estudio, absorbía de infolios dulce y espumosa alimentación del espíritu. Lo uno era como lo otro; ninguno cedía al otro ni en ensoñada naturaleza sobrenatural ni en poder corporal y así continuó por toda la amplitud de la vida, a mano izquierda y derecha; por doquier estaba yo dentro, nunca percibí algo aparente»<sup>5</sup>. La realidad es esa gran unidad, más precisamente, fue esa gran unidad. Lord Chandos la entiende más bien como uniformidad, y con la equiparación del mundo rústico y del mundo del saber abre el camino a una relevante valoración del mundo inculto, que precisará en el decurso de la descripción del «estado inexplicable». Lord Chandos concibe esa gran unidad como una realidad pretérita que deja un vacío insuperable. Esa realidad pretérita era un presente. En su ya citado ensayo *Hofmannsthal y su tiempo* observó Broch: «Demasiado exactamente le fue visible que por doquier se hallaba en el ámbito de las causas perdidas: no tenía esperanza la monarquía austriaca que él amaba y nunca dejó de amar; no tenía esperanza la inclinación a una aristocracia que sólo llevaba una vida caricaturesca aparente; no tenía esperanza la incorporación en el estilo de un teatro, cuya grandeza descansaba solamente en los hombros de unos actores supervivientes; sin esperanza fue todo esto, querer hacer renacer esta herencia desvaneciente de la plenitud del siglo XVIII maría-teresiano por el camino de una gran ópera coloreada barrocammente»<sup>6</sup>. Este vacío es el presupuesto de la asimilación de Nietzsche. A Bacon cuenta Lord Chandos que en una ocasión reprochó a su hija de cuatro años que había dicho una mentira y que le había advertido que siempre se tiene que decir la verdad, y que al hacerlo se le fueron confundiendo los conceptos y al cabo se

<sup>5</sup> Hugo von Hofmannsthal, *Ein Brief*, op. cit., p. 864.

<sup>6</sup> Broch, *Hermann*, Op. cit., p. 220.

sintió mal, se puso pálido, dejó sola a la niña y salió a cabalgar para restablecerse. La verdad no es sólo una moneda desgastada sino causa vergüenza. Lord Chandos describe ese vacío, pero el carácter personal de la carta no la priva de un alcance universal. La intensa lectura de Nietzsche le proporcionó a von Hofmannsthal los instrumentos para describir el «estado inexplicable» de su máscara Lord Chandos, pero al mismo tiempo inscribió esa descripción en el horizonte del nihilismo que Nietzsche anunció. Lord Chandos rechaza la posibilidad de que esa caída en «lo extremo del desaliento y la debilidad» sea obra de la Providencia, pues «tal género de concepciones religiosas no tiene fuerza alguna sobre mí... Los misterios de la fe se me han condensado en una sublime alegoría que está sobre los campos de mi vida como un arco iris luminoso, en una lejanía permanente, siempre dispuesta a retroceder si se me ocurriera querer volar a ella y envolverme en el dobladillo de su abrigo»<sup>7</sup>. Esta religión huidiza e inalcanzable es una versión amable de la «muerte de Dios» que Nietzsche desveló en la parábola del hombre frenético de *La gaya ciencia* (1882). Con la muerte de Dios se derrumbó la metafísica occidental, fundada en la noción de Dios como *causa sui*. Lord Chandos padeció el vacío de la decadencia del imperio austro-húngaro, que confluye con la desaparición de la *causa sui*, sostén de toda monarquía.

Lord Chandos es un doble modificado del destinatario de la carta, Bacon. Como éste, Lord Chandos mostró desde muy joven sus talentos con obras que lo hicieron famoso; como éste, Lord Chandos proyectaba una obra enciclopédica que no llevó a cabo, y ni siquiera escribió su programa. Bacon logró publicar su obra enciclopédica, el *Novum Organum*, pero su actividad científica fue truncada por un proceso que lo privó de todas sus funciones. Esa frustración es en Lord Chandos su crisis personal. Las modificaciones de los paralelos son una sutil crítica de Hofmannsthal al principio de la obra de Bacon, la razón y la ciencia natural, en suma, al racionalismo, que inició la filosofía moderna. La crítica a la metafísica occidental tradicional y a la filosofía moderna son dos vertientes de un mismo malestar, que diagnosticó ya Marx en su tesis doctoral *Sobre la diferencia de la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro* (1840). Con referencia a la filosofía del idealismo alemán, principalmente la de Hegel, que él llamó «filosofía total» aseguró que el fin de esa filosofía es históricamente necesario y que quien no lo comprende debe negar «consecuentemente que después de una filosofía total pueden siquiera existir hombres»<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Hugo von Hofmannsthal, op. cit., p. 464.

<sup>8</sup> Marx, Karl, en *Die Frühschriften*, ed. Landshut, Kröner Verlag, Stuttgart, 1953, p. 13.

Von Hofmannsthal, que sin duda no conocía la discusión de los hegelianos de izquierda y derecha (la rehabilitación del cuerpo, de Feuerbach o de la carne, como la llamó Heine) siguió el camino que abrió esta discusión, cuya primera estación fue la prevalencia que dieron Schopenhauer y Nietzsche a la vida y que fue sellada por Ernst Mach, quien postuló que el origen y meta de la ciencia descansan en la satisfacción de los menesteres de la vida. En von Hofmannsthal se conjugan estas dos posiciones que formaron parte del irracionalismo de comienzos del siglo XX, llamado «filosofía de la vida» o «vitalismo».

La relación de Lord Chandos con Bacon tiene un segundo plano. Lord Chandos explica a Bacon la causa por la cual no colmó las esperanzas que éste puso en él y con ello se deslinda del mundo que representa Bacon. Este deslinde es una forma velada de ponerle a Stefan George la máscara de Bacon. Hofmannsthal conoció a Stefan George en 1891, quien intentó establecer con el joven von Hofmannsthal una estrecha fraternidad estética, convencido de que los dos eran figuras excepcionales. Pese a que von Hofmannsthal admiraba intensamente a George, guardó distancia frente a él desde el comienzo de la relación. Cuando von Hofmannsthal escribió la *Carta* en 1903, ya se anunciaba el fin de esa relación que George selló en 1906 con una carta significativamente impersonal. Un pupilo de George, Max Kommerell, fundamentó y legitimó históricamente la pretensión de su maestro; pretensión que presidió las imperativas aproximaciones de George a von Hofmannsthal: *El poeta como conductor en el clasicismo alemán* (1928). La nueva corte, en la que George era el rey, respondía a la marginación social de los poetas por la sociedad burguesa, pero esa respuesta requería una réplica fundamentada a la comprobación que hizo Hegel, muy tempranamente, en sus *Lecciones sobre estética* (1835). Es a saber, que «el arte ya no vale para nosotros como el modo supremo en el que la verdad se procura existencia... Se puede ciertamente esperar que el arte ascienda cada vez más y se plenifique, pero su forma ha dejado de ser el menester supremo del espíritu»<sup>9</sup>. El fin de la monarquía y de su sustento teológico, el fin de la filosofía, el fin del arte: qué queda sino la vida; enredada ciertamente en los vacíos que motivaron su recurso a la prevalencia de la vida, a su deslinde del esteticismo de George.

La vida es el mundo inculto, que formaba parte de la gran unidad; es lo cotidiano. El valor que daba Lord Chandos a la leche tibia y espumosa ordeñada por un campesino rudo en un cubo de madera, lo extiende, tras las pérdidas que sufrió, a objetos insignificantes y burdos. Lord Chandos le

<sup>9</sup> Hegel, *Vorlesungen über Ästhetik*, ed. Bassenge, Aufbau Verlag, Berlín, 1955, p. 139.